

EL TRABAJO EN FAMILIAS DE DOBLES PROVEEDORES PRODUCCION Y REPRODUCCIÓN¹

Catalina Wainerman²

Mariana Heredia³

INTRODUCCIÓN

La crisis de los años 80 que viene padeciendo la Argentina ha dejado huellas profundas en el mercado de trabajo y agudizado los niveles de pobreza y exclusión. Tras un frustrado repunte en los primeros años del plan económico implementado en los años 90, el deterioro del mercado de trabajo adquirió/ una magnitud inusitada. Así, hacia 1999, la cifra de desempleados había escalado a dos millones (Kritz, 1999) y apenas el 10% contaba con seguro de desempleo (Monza, 1999).

En este marco de creciente precarización ocupacional, la historia ha sido diversa para las mujeres y los varones. Entre 1980 y 1999, en el Area Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) la tasa de actividad de las /mujeres de 15 a 64 años de edad creció del 37,8% al 54,9%⁴, como la de los varones se mantuvo en 85%, se acentuó el proceso de feminización ya iniciado en las décadas anteriores. Igual que entonces, en esta década las mujeres que más mano de obra aportaron fueron las de edad media y alta (30 a 60 años), con cargas de familia, que crecieron casi un 50%, y las cónyuges, casi en 66%. Mientras esto ocurría, se acortaban las diferencias entre ellas y ellos en el camp/o del desempleo que durante décadas había afectado más a las mujeres. Es que, en los 80 se precipitó el desempleo masculino, sobre todo entre los jefes de hogar.

La abundante literatura existente sobre las transformaciones reseñadas las ha abordado al nivel de individuos. Pero como la incorporación de las mujeres al mercado laboral es, en general, producto de una decisión familia/r, es pertinente adoptar una perspectiva que aborde las interacciones entre familia, trabajo y género, en el nivel de los hogares. Al hacerlo, interesa explorar los profundos efectos que ha tenido la masiva incorporación femenina al

¹ Ponencia a ser presentada al III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Buenos Aires, 17 al 20 de mayo del 2000./

² CONICET, con sede en CENEP.

³ Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

⁴ Aumentos igualmente significativos se registran en otras localidades del país. A título de ejemplo, en Salta, la población femenina económicamente activa creció de 24,5% a 46,1% entre 1980 y 1996; en Mendoza, de 24,2% a 35,8% entre 1980 y 1991; en Neuquén, de 23,4% a 30,7% entre 1985 y 1998.

mercado de trabajo sobre la dinámica familiar, muy especialmente, sobre la organización económica y la reproducción cotidiana de los hogares.

Este es el propósito de esta ponencia, en la que indagamos la magnitud del descenso de los hogares de un único proveedor (varón) y la del ascenso de los de dos proveedores (ambos cónyuges) ocurridos desde la instalación de la crisis, entre 1980 y 1997 en el AMBA. Con la intención de empezar a explorar en qué medida los cambios en el trabajo productivo impactaron en la división tradicional del trabajo reproductivo según género en el interior de los hogares, presentamos, además, una visión de la división del trabajo en el interior de 35 hogares de dobles proveedores, ambos miembros de la pareja conyugal. Finalmente, nos asomamos a indagar los cambios intergeneracionales visibles al comparar la realidad de los hogares actuales/ con la de los hogares de origen de las 35 parejas conyugales. En el primer caso, trabajamos con datos secundarios provenientes de las Encuestas Permanentes de Hogares del AMBA, centrando la atención en los hogares nucleares completos con hijos exclusivamente y tomando en cuenta la situación de ocupación, desocupación o inactividad de ambos cónyuges. En el segundo, con datos primarios provenientes de una muestra intencional de 35 hogares de /dos proveedores, de sectores medios, residentes en la misma jurisdicción.

REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y MERCADO DE TRABAJO

La crisis económica y el deterioro de la situación ocupacional

La política/ económica puesta en práctica por el proceso militar a partir de marzo de 1976 persiguió la eficiencia y la modernización de la estructura productiva. Paradójicamente, al hacerlo, sumió al país en la crisis más grave de su historia. El estancamiento económico, el deterioro de la estructura productiva y el fuerte endeudamiento externo fueron sólo algunos de sus legados más regresivos.

Los planes /implementados con el retorno a la democracia tampoco lograron retomar la senda del crecimiento ni disminuir de modo perdurable la inflación. Más allá del éxito temporario del plan Austral, la crisis económica siguió profundizándose hasta desembocar en los picos hiperinflacionarios de 1989 y 1990. Así se llegó a que el PBI per capita de 1990 fuera aproximadamente un 20% más bajo que en 1980.

Este deterioro no podía sino reflejarse en el mercado de trabajo. En los años 80, la brecha generada entre la oferta de trabajo productivo y la disponibilidad de mano de obra se resolvió a través de la fuerte expansión de dos formas de subutilización (desempleo abierto y subempleo horario) /y del aumento de ocupaciones informales. El aumento del empleo con un

PBI estancado llevó /a un descenso de la productividad laboral, la que se reflejó, a su vez, en las remuneraciones. Entre 1980 y 1991 el salario real sufrió una disminución del orden del 14% (Canitrot, 1995). Según Beccaría y López (1996) las remuneraciones de otros perceptores siguieron pautas similares a las de los asalariados; entretanto, los ingresos de los jubilados sufrieron reducciones aún mayores. La desigualdad social experimentó un aumento significativo: quienes/ más perdieron a lo largo de la década fueron los perceptores y los hogares de los estratos socioeconómicos más bajos.

A comienzos de la década de los 90, las tendencias mencionadas se agravaron. La Argentina redefinió las reglas de su modelo de acumulación y la intervención del Estado, desde un sistema cerrado con fuerte presencia estatal a un modelo abierto que prioriza los mecanismos del mercado. La Ley de Convertibilidad y el conjunto de reformas que la acompañaron, la apertura comercial, la desregulación y las privatizaciones, tuvieron un fuerte impacto en la estructura y dinámica productiva del país y, consiguientemente, también en el mercado de trabajo. Tras la aplicación de estas medidas, el país logró, al menos entre 1991 y 1994, bajar la inflación y reactivar el crecimiento. Esto último, ligado a la estabilización de los precios, permitió mejorar levemente el poder de compra de las remuneraciones.

En materia de empleo, el plan de Convertibilidad fue inicialmente acompañado por un cierto crecimiento, lo que llevó a los más optimistas a considerar que se podría atravesar el ajuste sin un empeoramiento de la situación ocupacional. En 1993, no obstante, el empleo dejó de crecer y se redujo entre 1994 y 1995, cuando se registraron los efectos recesivos de la crisis mexicana y el contexto internacional desfavorable. Según Sautú (1998), las políticas de creación de empleo y de absorción de la desocupación que se comenzaron a implementar hacia principios de 1997 habrían contribuido a atenuar los valores críticos alcanzados por la desocupación en 1995-1996.

A lo largo de las diversas etapas del programa económico el deterioro ocupacional se mantuvo aún bajo una reactivación económica sostenida, lo que avala la afirmación de que el crecimiento del producto no es condición suficiente para el incremento del empleo (Monza, 1995).

La feminización del mercado de trabajo

En este mercado laboral deteriorado, mujeres y varones fueron afectados de manera distinta. Las primeras, perseverando en una tendencia ya registrada en los años 70, incrementaron aceleradamente su participación en la fuerza de trabajo. La expansión de la educación, y la equiparación con los varones, había incentivado el incremento de la fuerza

laboral de las mujeres. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia hicieron lo suyo en igual sentido. Las mujeres que entraron en mayor proporción al mercado de trabajo entre 1970 y 1980 tenían entre 25 y 55 años de edad, su participación pasó de 29 a 33%. Entre ellas, las de 35 y 44 años crecieron aún más, entre el 28 y el 34 %. Este movimiento de las mujeres hacia el mercado de trabajo fue a contracorriente de una fuerza de trabajo global decreciente, ya que los jóvenes de ambos sexos prolongaban su escolaridad, retrasando su ingreso, y los mayores adelantaban su salida en pos de la conquistada jubilación y el retiro.

A diferencia las trabajadoras del pasado, las mujeres que entraron al mercado de trabajo a partir de los años 70 permanecen en actividad independientemente de sus responsabilidades domésticas y familiares, una participación más estable a lo largo de la vida, semejante a las mujeres de países desarrollados. Entretanto, los varones disminuían la participación desde el 80%, que habían alcanzado en los años 70, al 75%, en 1980.

Llegados a los 90, las tendencias en el empleo femenino y masculino se acentuaron. Entre 1991 y 1996, es decir, desde la instalación del nuevo modelo hasta el momento en que su impacto sobre el mercado de trabajo alcanzó su pico más alto con elevadísimas tasas de desocupación en el AMBA, la tasa de crecimiento de la población activa de 15 a 69 años de edad (9,4%) duplicó la de la población total en esas edades (4,2%). Pero el aporte de ambos sexos no fue proporcional. Las mujeres contribuyeron mucho más que los hombres, sobre todo las de 20-24 a 40-44 y las de 50 a 59 años de edad (Sautú, 1997), más entre las casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar. En contraste, las tasas de participación económica masculina prácticamente no variaron, excepto ligeramente en el grupo de edad de 50-54 años. Así se intensificó el proceso de feminización de la fuerza de trabajo.

El aumento de la oferta de mano de obra no fue acompañado de otro equivalente en el empleo, por lo que una parte de esa oferta terminó contribuyendo a engrosar la desocupación, sobre todo entre las mujeres, que habían ofertado su fuerza de trabajo en mucho mayor número que los varones. La mayor desocupación de estos se debió más bien a la pérdida de puestos de trabajo "masculinos", sobre todo entre los de bajo nivel de educación y con más de 40 años de edad. Así, la tasa promedio de desocupación de la totalidad de la población activa del AMBA que en 1991 rondaba el 6%, en 1996 llegó a superar la cifra del 19%. La disminución de los puestos de trabajo, la mayor desocupación, la menor capacidad de cambio de empleo, junto a la mayor presión tributaria y el alza de los servicios públicos ahora privatizados, afectaron de modo dramático la vida cotidiana de las familias.

Las tasas de desempleo abierto son apenas la punta del iceberg de la delicada situación ocupacional argentina. A quienes buscan infructuosamente trabajo se suman los trabajadores en situaciones ocupacionales precarias. Monza (1995) estimó, para mayo de 1994, que 3 millones de argentinos se hallaban en condiciones ocupacionales precarias. Desde entonces, el deterioro del mercado de trabajo se ha profundizado sustancialmente.

La masiva incorporación de la mujer a las actividades productivas tuvo lugar en un marco distributivo profundamente regresivo. En el inicio de los años 90, la recuperación del nivel de actividad y la reducción de la inflación propiciaron un repunte en los ingresos reales de todos los perceptores. No obstante, los efectos negativos operados en el mercado de trabajo y la eliminación o debilitamiento de las instancias en las que se dirimía la puja distributiva impidieron una mejoría sostenida de las remuneraciones. Según Beccaría y López (1996), hacia 1995, la distribución del ingreso en el Gran Buenos Aires mostraba un grado de desigualdad relativo similar a los años de la hiperinflación y mayor que el registrado en 1987/8.

En síntesis, el aumento de la participación económica de las mujeres en las décadas del 80 y 90 no se puede interpretar simple y llanamente como señal de modernización, desarrollo, crecimiento, o ampliación de sus oportunidades, como se entendía en los 70. Ahora, en un país empobrecido, muchas mujeres salieron a reemplazar los salarios deteriorados de los cónyuges y/o a mantener el nivel de consumo familiar. Según Berger (1995), entre 1974 y 1991, la participación de los ingresos de las cónyuges en el presupuesto familiar de hogares nucleares completos del AMBA pasó del 8,7 al 13,5%. Pero la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo no obedece exclusivamente a causas económicas, ha sido acompañada por la ampliación de los niveles educativos, la emergencia de nuevas estructuras familiares y la consolidación de valores que resaltan la autonomía y "desarrollo personal" de los individuos.

En el caso de los hogares nucleares con hijos, el aumento de la actividad femenina en edades centrales y su creciente contribución al presupuesto familiar ha redefinido la pauta tradicional de las familias haciendo que el modelo del "proveedor único (varón)"⁵ se hiciera menos frecuente a la par que aumentara la frecuencia del modelo de "dos proveedores".

⁵ El modelo, que fue descrito para los Estados Unidos tras la revolución industrial, responde a una división rígida entre un esposo/padre proveedor exclusivo del sustento económico y una esposa/madre proveedora exclusiva del mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos (ver Bernard, 1981; Pleck, 1987).

CAMBIOS EN LA PRODUCCIÓN EN FAMILIAS NUCLEARES CON HIJOS DEL AREA METROPOLITANA DE BUENOS AIRES

Inserción laboral de las parejas conyugales

Debido a nuestro interés acerca de los cambios que han tenido lugar desde la instalación de la crisis, en los 80, en la interacción entre familia, trabajo y género, aquí nos concentraremos en las familias nucleares completas con hijos exclusivamente, en las que no conviven otros miembros, sean o no parientes de la pareja conyugal, éstas representan dos tercios de los hogares familiares (ver cuadro 1). La selección de hogares sin otros miembros presentes, obedece a su mayor frecuencia entre los hogares familiares (alrededor del 60%) y también al intento de eliminar la presencia de otros miembros que pudieran contribuir al sostenimiento económico o colaborar en el trabajo doméstico. En las familias en las cuales conviven sólo padres e hijos, la interacción entre trabajo productivo y reproductivo y género en el ámbito familiar aparece más clara.

Cuadro 1

AMBA Total de hogares familiares por número de miembros y relación de parentesco, 1980-1997.

Tipo de hogar familiar	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Nuclear con hijos	58,8	63,3	63,9	63,5	63,9	62,5
Nuclear sin hijos	22,6	22,8	21,7	22,5	22,2	23,7
Nuclear con hijos y con otros	15,0	11,6	11,9	11,3	11,3	11,3
Nuclear sin hijos y con otros	3,6	2,3	2,5	2,6	2,6	2,4
Total	100	100	100	100	100	100
	2080877	2184828	2330315	2436225	2308242	2318592

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Hasta hace unas décadas, los niños crecían en una familia formada por un padre que "salía a trabajar" y una madre "ama de casa", cuyo principal actividad era la doméstica no remunerada. Esta familia tipo, de padre proveedor económico y madre agente de reproducción, ha cambiado sustancialmente. Los hogares nucleares completos con hijos exclusivamente en los que la mujer jefa o cónyuge es económicamente activa, sea como ocupada o desocupada, cualquiera sea la situación laboral del varón, crecieron en el AMBA entre 1980 y 1997 de 24,1% a 41,9%, es decir, 74%, como se ve en el cuadro 2. Si bien es la ocupación la que afecta primordialmente las cifras de mujeres activas (23,5% a 35,8%), el crecimiento de la desocupación fue proporcionalmente mayor ya que se multiplicó diez veces

Cuadro 2

AMBA. Familias nucleares completas con hijos según sexo y condición de actividad de ambos cónyuges, 1980-1997.

Condición de actividad y sexo	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Varones						
Ocupados	90,0	86,6	88,7	87,0	81,7	83,7
Desocupados	0,7	2,5	2,4	4,4	9,2	8,2
Inactivos	9,4	10,1	8,7	8,5	9,0	8,2
Total	1224363	1382077	1489550	1547423	1475472	1449711
Mujeres						
Ocupadas	23,5	29,0	33,3	34,8	33,2	35,8
Desocupadas	0,6	0,8	1,3	3,9	9,0	6,1
Inactivas	75,9	70,2	65,3	61,3	57,8	58,1
Total	1225272	1382077	1489550	1547423	1475472	1449711

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

en el período (de 0,6% a 6,1%), especialmente en conjunción con la agudización de la crisis, entre 1991 y 1993/95 (de 3,9% a 6,1%).

Como ya se había observado desde décadas anteriores⁶, la propensión de las mujeres más educadas a participar del mercado de trabajo se mantuvo durante todo el período en niveles sustancialmente mayores que entre las menos educadas. Así, en 1980, por cada mujer de bajo nivel de educación que estaba en la fuerza de trabajo en estos hogares, había casi dos del nivel más alto de educación (20,0% vs. 36,2%). Esta proporción se redujo después de 1990. Hacia 1997 la diferencia porcentual se había achicado (33,0% vs. 53,9%). El aumento de la actividad económica de las cónyuges y jefas de hogares nucleares con hijos en este período ocurrió entre todas, cualquiera fuera el nivel de educación que hubieran alcanzado, aunque con mayor intensidad entre las de nivel de educación medio, seguidas por las de nivel de educación bajo y, sobre todo, hasta 1995. Como puede verse en el cuadro 3, también la desocupación afectó a las mujeres de todos los niveles de educación, pero nuevamente más a las de los niveles medio y bajo, las que más habían crecido en su propensión relativa a ingresar a la fuerza de trabajo. Estos movimientos de las mujeres con cargas domésticas, como son las que estamos examinando, alcanzaron mayor intensidad en el período 1985/91 a 1993/95, en el momento más álgido de la crisis económica.

⁶ Ver, para los 70, los datos contenidos en Wainerman (1979).

Cuadro 3

AMBA. Familias nucleares completas con hijos, según nivel de educación y condición de actividad de las esposas-madres, 1980-1997.

Condición de actividad y nivel de educación de esposas-madres	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Educación Baja						
Ocupadas	19,5	23,5	29,8	32,0	22,9	29,1
Desocupadas	0,5	0,9	1,0	2,4	9,1	3,9
Inactivas	80,0	75,6	69,2	65,6	68,0	67,1
Total	292826	277012	209833	205422	155512	153351
Educación Media						
Ocupadas	17,9	21,1	26,1	28,0	28,7	28,6
Desocupadas	0,4	0,9	1,3	4,3	8,8	5,9
Inactivas	81,7	78,0	72,6	67,7	62,5	65,5
Total	632235	712112	763622	778645	744855	731099
Educación Alta						
Ocupadas	35,6	45,4	45,5	45,3	41,8	47,0
Desocupadas	0,6	0,4	1,1	3,8	9,3	6,9
Inactivas	63,8	54,2	53,3	50,9	48,9	46,1
Total	274070	365774	508556	563356	574219	565261

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Mientras las mujeres hacían estos cambios, los varones jefes o cónyuges de estos hogares nucleares con hijos, disminuyeron su ocupación (90,0% a 83,7%) y aumentaron sensiblemente su desocupación (de 0,7% a 8,2%), lo que dio por resultado que el porcentaje de activos entre ellos se mantuviera casi invariable durante el período en alrededor del 90%, como se ve en el cuadro 2.

Los cambios antedichos han motorizado un gran aumento de la jefatura femenina, como se ilustra en el cuadro 4. En términos de la definición formal, que deja en manos de las y los entrevistados la autodefinición de quién de los miembros de la pareja conyugal es "jefe" y quién "cónyuge" (una que se sabe está basada más en convenciones sociales que en términos exclusivos de aporte económico al sostenimiento del hogar), entre 1980 y 1997 las mujeres que se declaran jefas en estos hogares aumentó cuatro veces, de 0% a 4,2%. Pero si definimos como "jefe/a" a quien aporte con su ingreso 50% o más del ingreso conjunto de ellas y sus cónyuges, el porcentaje de hogares encabezados por mujeres se incrementó en el período cerca de un 50%, de 26,7% a 36,0%, menos todavía, en términos relativos, de lo que aumentaron aquellos en los que las mujeres aportan 60% y más al ingreso conjunto (de 5,5% a 10,9%).⁷

⁷ Los cálculos se han hecho sobre las parejas conyugales con datos sobre ingresos. El porcentaje de casos perdidos es considerablemente alto (23,6% en 1980, 27,4% en 1985, 28,5% en 1991, 17,5% en 1993, 12,6% en 1995 y 12,2% en 1997), por lo que los datos expuestos deben tomarse con recaudos.

Cuadro 4

AMBA. Familias nucleares completos con hijos, ambos cónyuges ocupados, según posición en el hogar de las esposas-madres, por auto-definición y por aporte económico, 1980-1997.

Posición en el hogar de esposas-madres	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Autodefinición						
Jefa	-	1,1	1,7	2,2	1,0	4,2
Cónyuge	100,0	98,9	98,3	97,8	99,0	95,8
Total	262703	356003	456392	484544	412436	449165
Aporta 50% o + al ingreso de ambos cónyuges						
Jefa	26,7	29,1	33,3	34,7	32,0	36,0
Cónyuge	73,3	70,9	66,7	65,3	68,0	64,0
Total	200645	258493	326129	399750	360311	394360

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

De los hogares de uno a los hogares de dos proveedores

Hasta aquí miramos separadamente al comportamiento (individual) de uno y otra cónyuge. El examen conjunto de la pareja conyugal muestra de modo incontestable que en el período que se inicia en 1980 se produjo un cambio radical en los roles económicos de ambos. Por un lado, las familias conformadas según el modelo tradicional de "varón proveedor", con un esposo-padre activo y una esposa-madre inactiva, ha sido el dominante a lo largo de todo el período, adoptado por más de la mitad de los hogares. Pero, en el período que estamos examinando, este tipo de arreglo familiar disminuyó de un 68,0% a un 51,6% (24,1%). Por otro lado, como se ve en el cuadro 5, los hogares de "doble proveedor", con padre y madre activos, aumentaron mucho más proporcionalmente ya que casi se duplicaron de 22,6% a 40,3% (93,5%). En promedio, en la totalidad del período 1980-1997, los primeros disminuyeron a razón de 2,2% al año, mientras los segundos aumentaron al 5,5% anualmente. Pero el cambio no fue homogéneo; adquirió su mayor intensidad en el quinquenio 1991 a 1995. Los hogares en los que los roles productivo y reproductivo estaban nítidamente divididos por género, aquéllos en los que los maridos estaban en la fuerza de trabajo y sus esposas se hacían cargo de las tareas domésticas, decrecieron en ese quinquenio a un ritmo de poco más del 3% al año mientras aquéllos en los que las esposas se sumaron a la fuerza de trabajo crecieron a algo más del 4% y hasta del 5% al año (cuadro 6).

Cuadro 5

AMBA. Familias nucleares completas con hijos, según número de proveedores y condición de actividad y de ocupación de ambos cónyuges, por sexo, 1980-1997.

Nro. de proveedores y condición de actividad y Ocupación de ambos cónyuges por sexo	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Un proveedor						
Varón ocupado, mujer inactiva	67,7	60,7	57,1	52,1	46,6	47,6
Varón desocupado, mujer inactiva	0,3	1,4	1,0	2,3	4,2	4,0
Total un proveedor varón	68,0	62,1	58,1	54,4	50,8	51,6
Mujer ocupada + desocupada, varón inactivo						
Total un proveedor mujer	1,5	2,1	1,4	1,6	2,0	1,7
Dos proveedores						
Varón ocupado, mujer ocupada	21,6	26,0	30,7	31,3	28,0	31,0
Varón ocupado, mujer desocupada	0,7	0,6	1,0	3,6	7,2	5,1
Varón desocupado, mujer ocupada	0,3	1,1	1,4	1,9	3,5	3,2
Varón desocupado, mujer desocupada	---	0,1	---	0,2	1,5	1,0
Total dobles proveedores	22,6	27,8	33,1	37,0	40,2	40,3
Otros						
Ambos inactivos	7,9	8,0	7,3	6,9	7,0	6,5
Total	100,0 (1216312)	100,0 (1378608)	100,0 (1487556)	100,0 (1547423)	100,0 (1475472)	100,0 (1449711)

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Cuadro 6

AMBA. Diferencias porcentuales promedio anuales, según tipo de hogar de uno (varón) y dos proveedores, 1980-1997.

Tipo de hogar	1980/85	1985/91	1991/93	1993/95	1995/97
Un proveedor (varón)	-1,7	-1,1	-3,2	-3,3	+0,8
Dos proveedores	+4,6	+3,2	+5,9	+4,3	+0,1

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Nota: Los valores de referencias corresponden al cuadro 5.

El panorama descripto oculta situaciones bien diversas. Es indudable que una razón principal que produjo esta transformación en las relaciones entre familia, trabajo y género fue la agudización de la crisis económica, una que hizo insuficiente un único ingreso para el sostenimiento de las familias y requirió incorporar el del otro miembro de la pareja. Pero sólo una parte de las parejas conyugales tuvo éxito, una porción considerable no logró encontrar empleo. El crecimiento de los hogares "satisfechos", aquéllos en que ambos esposos lograron empleo (de 21,6% a 31,0%) fue acompañado por el de los hogares "frustrados", en los que las mujeres permanecieron desocupadas (de 0,7% a 7,2% hasta 1995 para luego descender hasta 5,1%, en 1997), por el de hogares encabezados por "supermujeres", esposas de maridos desocupados (de 0,3% a 3,2%) y por el de hogares "en situación desesperada", con ambos cónyuges desocupados (de 0% a 1,5% en 1995 para descender al 1% hacia 1997). El deterioro de las condiciones de vida entre los hogares que intentaron mantener el modelo tradicional de un único proveedor, el marido, también se extendió ya que la desocupación produjo estragos crecientes al punto que treparon de 0,3% en 1980 a 4,0% en 1997.

El crecimiento del tipo doble proveedor fue un fenómeno que tocó a todos los hogares, tanto los recién constituidos como aquéllos en etapas más avanzadas del ciclo familiar, a juzgar por las edades de las esposas-madres. Pero la intensidad del fenómeno fue diferente.

Conviene comenzar por destacar que el modelo del hogar de dos proveedores fue y sigue siendo mucho menos frecuente entre las familias recién constituidas que entre las de mayor antigüedad. Así, en 1980, la relación de hogares de dos proveedores entre aquéllos con esposas-madres menores de 24 años de edad y aquéllos en los que tenían entre 30 y 39 años de edad era de uno a casi uno y medio; esta proporción se elevó a casi uno a dos en 1993. Simultáneamente, el hogar de un proveedor único varón ha sido y sigue siendo más popular entre los de esposas-madres

más jóvenes que entre los de más maduras. El hecho se explica por las mayores demandas domésticas y de la atención de los niños presentes en la etapa inicial de la constitución de la familia, las que se aminoran cuando los hijos entran en la escuela y más aún en la adolescencia. Por otra parte, son las mujeres de entre 35 y 55 años las que han hecho la mayor contribución al crecimiento de la fuerza de trabajo femenina en las últimas dos décadas. De todos modos, los datos globales muestran hasta qué punto la participación de las mujeres en el mercado laboral ha dejado de estar tan fuertemente limitada por las demandas domésticas, como ocurrió durante décadas, y hasta qué punto se ha hecho más estable a lo largo de las diferentes etapas del ciclo familiar, como ocurrió siempre entre los varones.

Las diferencias apuntadas se mantuvieron en todo el período que analizamos, pero a partir de un crecimiento que afectó a todos los hogares casi por igual entre 1980 y 1995. En esos quince años, cualquiera fuera la edad de la esposa-madre, el tipo de hogar de dos proveedores aumentó alrededor del 80%; entretanto, el de un único proveedor disminuyó entre 15% y 34% (ver cuadro 7).

Cuadro 7

AMBA. Familias nucleares completas con hijos según número de proveedores, por edad de la esposa-madre, 1980-1997.

Edad mujer y nro. de proveedores	1980	1985	1991	1993	1995	1997	Dif % 1980/95	Dif % 1980/97
Un proveedor (varón)								
Hasta 24 años	80,4	80,5	79,3	81,6	64,9	77,0	-19,3	-4,2
25-29	77,0	73,7	61,2	72,0	59,7	63,1	-22,5	-18,1
30-39	70,0	64,4	60,1	59,1	46,0	52,2	-34,3	-23,1
40-49	63,9	63,0	58,3	44,6	54,0	48,1	-15,5	-24,7
50-59	63,9	57,1	59,1	51,9	53,9	48,9	-15,6	-23,5
Total	8269150	859005	864699	841687	749936	748298		
Dos proveedores								
Hasta 24 años	19,7	18,6	20,6	18,4	35,1	23,1	78,2	17,2
25-29	23,0	25,9	37,7	28,0	40,2	36,3	74,8	57,8
30-39	28,9	33,8	38,8	39,8	52,4	47,1	81,3	63,0
40-49	23,9	30,1	38,5	51,9	42,5	48,7	77,8	103,8
50-59	15,9	21,3	23,4	33,0	29,8	34,1	87,4	114,5
Total	275109	380397	493013	573762	592284	582971		

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Las tendencias halladas utilizando la edad de la esposa-madre como **proxy** de la antigüedad de la constitución de la familia se reiteran cuando se utiliza la edad del hijo menor como **proxy**. En primer lugar, hay que reiterar que el modelo d/e proveedor único varón es mucho más popular entre los hogares con hijos pequeños que entre los de adolescentes y mayores. Esto es así a todo lo largo del período en análisis. En 1980 cerca del 76% de los hogares con al menos un hijo de 5 años de edad o menor seguían el modelo del padre proveedor único, mientras sólo alcanzaba al 58% cuyo hijo menor tenía 13 o más años de edad. El panorama es similar en 1997 (66% vs. 44%). Al revés, el tipo doble proveedor fue siempre menos frecuente entre los hogares con niños pequeños que en aquéllos con hijos adolescentes.

De todos modos, cualquiera sean las diferencias de preferencia por uno u otro tipo de hogar y cualquiera sea la edad del hijo menor, desde 1980, en todos los hogares el tipo doble proveedor aumentó y el de proveedor único disminuyó (ver cuadro 8).

Cuadro 8

AMBA. Familias nucleares completas con hijos según número de proveedores, por edad del hijo menor, 1980-1997.

Edad del hijo menor y nro. de proveedores	1980	1985	1991	1993	1995	1997	Dif. % 1980/97
Un proveedor (varón)							
Hasta 5 años	75,8	70,9	66,0	66,0	56,8	62,5	-17,5
6-12	66,6	61,2	55,6	52,9	48,6	47,3	-21,1
13 y más	58,5	52,8	50,4	43,3	46,3	43,9	-25,0
Total	826915	859005	864699	841687	749936	748298	
Dos proveedores							
Hasta 5 años	23,4	7,3	32,8	33,3	41,7	36,9	57,5
6-12	29,4	35,3	43,1	44,4	49,1	49,9	69,7
13 y más	16,9	21,7	25,9	36,6	33,1	36,8	117,8
Total	275109	380397	493013	573762	592284	582971	

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Los datos pueden mirarse desde otra perspectiva: ¿cómo han cambiado en el período los hogares en los que se crían los niños pequeños, que no han pasado los cinco años de edad? La respuesta es: muchos más de entre estos niños tiene la experiencia de vivir en un hogar en que no sólo su padre sino también su madre salen a trabajar para sostener la economía del hogar.

La transformación descrita también afectó a todos los sectores socioeconómicos, si bien con diferencias de intensidad según el nivel (medido en términos de los deciles de ingresos per capita de los hogares).⁸

Los hogares del nivel más bajo, a pesar de sus mayores necesidades económicas, han sido y siguen siendo los más aferrados al modelo tradicional del marido proveedor único; los del nivel más alto, en cambio, los que más rápida y tempranamente adoptaron la pauta de la pareja doble proveedora (cuadros 9 y 10). Los hogares del nivel medio se ubican entre ambos en ambos modelos de organización laboral de la pareja conyugal. Entre 1980 y 1997, los que abandonaron en mayores números el modelo tradicional fueron los hogares del nivel más alto, que decrecieron un 50%, desde 64,1% a 31,9%, es decir de dos tercios a un tercio de todos los hogares nucleares completos con hijos. Fue también en el nivel más alto (pero ahora seguido de cerca en velocidad si bien no en intensidad por el más bajo) donde se expandieron más los hogares de dos proveedores duplicando su presencia entre los comienzos y el final del período (de 28,3% a 57%). Hay que destacar el diferente momento histórico en que se produjeron los mayores cambios, en el nivel más alto, a comienzos de la crisis, en el quinquenio 1980/85; en el nivel bajo, cuando la crisis del empleo alcanzó su máximo, hacia 1993/95.

El modelo de dos proveedores evidentemente es una opción que obedece a otras razones que no son exclusivamente la necesidad económica. Esta es la que mueve a los sectores pobres, en los que prevalecen valores tradicionales acerca de la división del trabajo en el hogar según los cuales es parte de la definición de hombría ser capaz de sostener económicamente a la familia y de no permitir que las esposas salgan de la esfera doméstica. En cambio, en los sectores en mejor situación económica, con altos niveles de educación, más allá de que el costo de oportunidad de estar fuera de la fuerza de trabajo es mayor para que las mujeres con mayor inversión en capital cultural, prevalecen valores, en general compartidos por ambos cónyuges, que aprecian la realización personal.

⁸ Nivel "bajo" corresponde a los deciles 1 a 4, "medio" a 5 a 8 y "alto" a 9 a 10.

Cuadro 9

AMBA. Familias nucleares completas con hijos según número de proveedores, por NES del hogar, 1980-1997.

NES y número de proveedores	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Un proveedor (varón)						
NES Bajo	75,0	74,9	71,3	68,2	59,6	62,2
NES Medio	61,8	57,5	50,5	51,2	45,7	46,5
NES Alto	64,1	48,5	42,0	38,8	39,3	31,9
Total	68,0	62,1	58,1	54,4	50,8	51,6
	826915	859005	864699	841687	749936	748298
Dos proveedores						
NES Bajo	15,0	15,7	20,5	22,2	34,5	30,0
NES Medio	28,9	30,9	41,0	39,6	42,1	45,5
NES Alto	28,3	44,2	52,3	57,1	52,7	57,0
Total	22,6	27,8	33,1	37,0	40,2	40,3
	275109	380397	493013	573762	592284	582971

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Nota: El 100% se ubica en cada NES sobre los casos con datos de ingresos. La variable NES se construyó en base al decil de ingreso per capita familiar. El nivel económico social "bajo" corresponde a los deciles 1 a 4, el "medio" a 5 a 8 y el "alto" a 9 a 10.

Cuadro 10

AMBA. Diferencias porcentuales promedio anuales según número de proveedores, por NES, 1980-1997.

NES y número de proveedores	1980/85	1985/91	1991/93	1993/95	1995/97
Un proveedor (varón)					
NES Bajo	-0,1	-0,8	-2,2	-6,3	-2,2
NES Medio	-1,4	-2,2	+0,7	-5,3	+0,9
NES Alto	-4,9	-2,2	+3,8	+0,6	-9,4
Dos proveedores					
NES Bajo	+0,9	+5,1	+4,1	+27,7	-6,5
NES Medio	+1,4	+5,4	-1,7	+ 3,1	+4,0
NES Alto	+11,2	+3,0	+4,5	- 3,8	+4,1

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Nota: Los valores de referencia corresponden al Cuadro 9.

En un porcentaje considerable de casos no existen datos sobre los ingresos de uno o más miembros de los hogares, lo que no permite conocer el nivel socioeconómico de todos los hogares⁹. Este hecho conspira contra la validez de nuestras conclusiones por lo que recurrimos al nivel de

educación formal de las madres-esposas como **proxy** del nivel socioeconómico de los hogares. Se trata de información muy completa, mucho más que la de ingresos. Los datos contenidos en el cuadro 11 corroboran las tendencias encontradas: cualquiera sea el nivel educacional de las mujeres esposas-madres de estos hogares, desde 1980 el modelo del proveedor varón único disminuyó al tiempo que aumentó el de ambos miembros de la pareja conyugal económicamente activos. Este último modelo ha mostrado tener, a lo largo de todo el período estudiado, una mayor popularidad entre las mujeres con más altos niveles de educación.

Cuadro 11

AMBA. Familias nucleares completas con hijos según número de proveedores, por nivel de educación de la esposas-madres, 1980-1997.

Nivel de educación y número de proveedores	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Un proveedor (varón)						
Educación Bajo	65,9	61,5	55,7	49,5	55,6	53,8
Educación Medio	74,2	69,6	64,6	60,2	55,0	57,3
Educación Alto	60,9	50,7	49,8	48,4	43,9	43,7
Dos proveedores						
Educación Bajo	17,9	21,4	28,4	30,6	25,9	26,5
Educación Medio	17,2	20,3	26,2	30,9	34,3	32,1
Educación Alto	35,4	44,1	45,3	47,2	47,7	51,8

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

Nota: 100% en cada nivel de educación sobre casos con datos. El nivel de educación "bajo" incluye desde no concurrir nunca a la escuela hasta primaria incompleta, el "medio" desde primaria incompleta hasta secundaria incompleta y, "alto", a secundaria completa y más.

En suma, las cifras revelan un cambio social de gran magnitud. El modelo tradicional de la división del trabajo entre mujeres y varones que otorgaba la responsabilidad por la producción a los varones y la de la reproducción a las mujeres se ha trastocado de modo sustancial modificando hábitos de vida establecidos por décadas.

La decisión de que el sostenimiento económico del hogar esté a cargo de ambos miembros de la pareja conyugal, y no sólo de los maridos-padres, no significa ni igualdad en el tiempo de trabajo ni, mucho menos, en los aportes económicos de ambos cónyuges. Es bien conocida la diferencia de remuneraciones que obtienen las mujeres, a igualdad de calificaciones y condiciones de trabajo con los varones.

⁹ Acerca de los casos sin información, ver nota al pie 4.

Lamentablemente no se dispone de datos sobre el tiempo de trabajo de los miembros del hogar para fechas anteriores a 1991¹⁰. Desde entonces, si bien la mayoría relativa de las esposas-madres en hogares de dos proveedores que están ocupadas, trabajan a tiempo completo o casi completo (30 a 40 horas semanales), el porcentaje de quienes están sobreocupadas (41 horas o más) ha crecido sistemáticamente entre 1980 (27,3%) y 1997 (35,8%), con sólo una cierta declinación hacia 1995 (cuadro 12). Contrariamente, el porcentaje de quienes trabajan a tiempo parcial (29 horas o menos a la semana) disminuyó en el período de 41,8% a 35,8%. Esta situación determinó un incremento en la proporción de mujeres que dedican al trabajo productivo fuera del doméstico un tiempo igual o mayor que sus maridos. Así, el porcentaje de las que declararon aportar 50% y más al total de horas semanales que trabajan ambos, ellas y sus cónyuges, creció de 31,8% en 1991 a 37,0% en 1997, proporcionalmente menos de lo que lo hicieron las que contribuyen el 70% y más al tiempo de trabajo conyugal (de 0,9% a 2,2% entre 1991 y 1997), como puede verse en el cuadro 13.

Cuadro 12

AMBA. Familias nucleares completas con hijos, ambos cónyuges ocupados según horas semanales trabajadas por las esposas-madres, 1980-1997.

Horas de trabajo mujer	1991	1993	1995	1997
1-19	16,4	16,5	22,8	19,6
20-29	25,4	16,8	20,1	15,7
30-40	31,0	29,6	27,9	28,8
41-45	10,7	9,3	10,1	9,8
46-61	11,1	18,5	10,1	17,2
62 y más	5,5	9,3	9,0	8,8
Total	433432	452896	381718	427595

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

¹⁰ A partir de esta fecha, los cálculos se han realizado sobre las parejas conyugales con datos sobre tiempo de trabajo. Tal como para los ingresos, el porcentaje de casos perdidos es alto (7,7%, en 1991; 9,2%, en 1993; 9,8% en 1995 y 6,4% en 1997). También esta información debe ser tomada con cautela.

Cuadro 13

AMBA. Familias nucleares completas con hijos, ambos cónyuges ocupados según porcentaje de tiempo aportado por las esposas-madres al tiempo de trabajo de ambos cónyuges, 1980-1997.

% tiempo	1991	1993	1995	1997
19 y menos	11,2	11,6	15,0	12,5
20-29	11,0	6,9	9,6	8,9
30-39	20,0	18,0	18,5	17,1
40-49	25,9	25,3	21,3	23,9
50-59	27,2	28,6	30,5	31,0
60-69	3,7	7,0	2,7	3,8
70-79	0,7	2,4	2,2	2,0
80 y más	0,2	0,2	0,3	0,2
Total	100 (421440)	100 (439832)	100 (371911)	100 (420389)

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

La mayor inversión de tiempo en tareas productivas ha ido paso a paso con un crecimiento en el porcentaje de mujeres que aportan en dinero tanto o más que sus maridos al ingreso del hogar. En efecto, como muestra el cuadro 14, aquéllas cuyos ingresos alcanzan al 50% o más de los ingresos conjuntos de ambos aumentaron de 26,7% en 1980 a 36% en 1997, con sólo una disminución menor hacia 1995. Mayor aún fue el aumento de las mujeres cuyos ingresos representan 60% y más de los de ambos (de 5,5% a 10,9%), al igual que el de quienes aportan 70% y más (2,0% a 5,1%). Si bien son muchos los casos perdidos para el análisis por falta de declaración de los ingresos (algo más de un cuarto de los hogares entre 1980 y 1991 y entre 12% y 18% con posterioridad), como las tendencias observadas son congruentes con las que mostró el aporte de las mujeres al tiempo de trabajo de la pareja conyugal, podemos tener algún grado de confianza en que los datos describen una realidad de creciente aporte de las mujeres al sostenimiento económico de sus familias.

Cuadro 14

AMBA. Familias nucleares completas con hijos, ambos cónyuges ocupados, según porcentaje de ingreso aportado por las esposas-madres al ingreso total de ambos cónyuges, 1980-1997.

% Ingresos	1980	1985	1991	1993	1995	1997
Nada	7,1	2,3	3,9	4,7	8,3	6,2
1-9	1,2	1,6	1,3	2,5	1,6	1,0
10-19	11,2	9,2	9,4	10,4	10,2	9,0
20-29	16,2	20,5	19,2	14,2	19,3	12,8
30-39	24,0	22,1	21,2	20,3	16,6	22,3
40-49	13,5	15,3	11,7	13,3	12,0	12,8
50-59	21,2	20,6	26,5	23,9	22,0	25,1
60-69	3,5	4,4	3,4	8,0	5,0	5,8
70 y más	2,0	4,1	3,4	2,8	5,0	5,1
Total	100	100	100	100	100	100
	(200645)	(258493)	(326129)	(399750)	(360311)	(394360)

Fuente: EPH, ondas octubre, elaboración propia.

A la luz de los datos presentados, es evidente que desde comienzos de la crisis, en los 80, se ha producido una transformación mayor en la pauta tradicional el sostenimiento económico de las familias en el AMBA. Muchas más mujeres esposas y madres han asumido el rol productivo como antes lo hacían casi exclusivamente los varones. Resulta pertinente preguntarse en qué medida esta transformación está siendo acompañada por una equivalente en el interior de las familias en cuanto a las responsabilidades domésticas y del cuidado de los hijos.

LA INTERSECCIÓN FAMILIA, TRABAJO Y GÉNERO

La división del trabajo doméstico y su articulación con el trabajo extradoméstico de ambos cónyuges forma parte de una línea de trabajo que se inició en los 70 en los Estados Unidos entre las denominadas "**dual-career families**" (Rapoport y Rapoport, 1976, 1978), cuando el aumento de la participación económica de las mujeres hizo visible nuevos problemas. En años recientes, la investigación tomó otro carácter, con preocupaciones acerca de la interacción entre familia y trabajo desde la perspectiva de género. En América Latina, en el contexto de la crisis y la recesión económica de los 80, se amplió el interés por conocer la respuesta de las familias frente al deterioro de sus condiciones de vida. Así, proliferaron los estudios sobre "estrategias de sobrevivencia"

familiar, que ya tenían una destacada tradición iniciada en los 70¹¹. En la Argentina, es poco lo que se sabe sobre los efectos de los cambios macroestructurales sobre la dinámica familiar y sobre la persistencia de las desigualdades en la esfera de la producción doméstica¹².

Cualquiera sea la técnica de medición utilizada, los países y los grupos socioeconómicos, con mayores o menores variaciones, las conclusiones son coincidentes: aún participando activamente del sostén económico del hogar, las mujeres siguen realizando mucho más trabajo doméstico que sus cónyuges. En sociedades tan diversas como Estados Unidos, Francia, España, Japón o México, los avances de las mujeres en los ámbitos de la educación, del trabajo, o de la política, no han tenido como contrapartida una redistribución significativa de las responsabilidades domésticas. Las mujeres siguen siendo responsables de la ejecución o de la supervisión de las labores domésticas. La mayoría de los varones no asume de forma sistemática la responsabilidad por la realización de las tareas domésticas; su participación, cuando existe, toma la forma de ayuda o de colaboración en ocasiones extraordinarias (fines de semana, en vacaciones, en casos de enfermedad)¹³. La paternidad, por el contrario, parece estar transformándose. Más allá de la persistencia de un doble estándar que asigna al tiempo materno mayor relevancia que al paterno (Presser, 1995), el cambio supone una redefinición de la paternidad que no se agota en la provisión económica¹⁴.

¹¹ De este temprano interés quedó constancia en un volumen especial de *Demografía y Economía*, 1981. Desde entonces, la literatura latinoamericana, liderada por México, han prestado creciente atención a esta problemática. Entre los trabajos más importantes puede mencionarse a De Barbieri (1984), Bedería y Roldán (1992), García, Muñoz y Oliveira (1982), García y Oliveira (1994) y Oliveira (1998).

¹² Entre los escasos trabajos dedicados a estos temas puede consultarse Jelin y Feijóo (1983), Geldstein (1994), Schumukler (1997), Schiavoni (1998).

¹³ Sobre la escasa participación de los varones en las labores domésticas puede consultarse, entre otros, a Dunn, 1997; Durán, 1988; Hass, 1993; Hochschild, 1989; Hood, 1986; Morris, 1990; Ramos Torres, 1990; Szinovac, 1984; Warshofsky, 1988; Zhang y Farley, 1995.

¹⁴ En los Estados Unidos pueden consultarse los estudios de Fustenberg (1992), La Rossa (1989), Marsiglio (1995). Se trata de una línea más sociológica, que corre paralela a otra, que indaga la emergencia de una "nueva masculinidad" desde una perspectiva marcadamente psicológica, cf. Connell (1995), Gerson (1993), Kaufman (1995), Kimmel (1996). En América Latina, los estudios son menos numerosos. En cuanto a los comportamientos puede consultarse Wainerman (1998) y Wainerman (2000).

LA DINÁMICA DE LOS ROLES PRODUCTIVOS Y REPRODUCTIVOS HOY

Las parejas estudiadas

Con el fin de explorar el impacto de la participación económica femenina sobre la dinámica familiar, llevamos a cabo un estudio en 35 hogares de dos proveedores¹⁵. La selección de las 35 familias que entrevistamos fue intencional¹⁶, a través de amigos, conocidos, compañeros de trabajo y estudio. Los criterios de selección fueron: familias nucleares completas, de sectores medios profesionales, con hijos pequeños, en las que ambos cónyuges estuvieran ocupados.

La edad promedio de las mujeres era de 33,5 años y la de sus esposos, 35. Ambos cónyuges tenían altos niveles de educación: 80% de ellos y 89% de ellas, al menos universitaria incompleta. Tenían en promedio 1,9 hijos corresidentes, con una edad media de 5,9 años. La mayoría de los niños de 2 y más años de edad estaban en el sistema escolar, en el jardín de infantes o en el nivel primario. Casi dos tercios de las familias tenían ayuda doméstica remunerada, entre 3 y 80 horas semanales. Pocas parejas dijeron contar con ayuda familiar (en su mayoría de sus madres y abuelas) para cuidar a los bebés, para llevar y traer a los niños de la escuela, o para quedarse con ellos en caso de estar enfermos.

Los esposos estaban en el mercado de trabajo, ocupados 50 horas semanales en promedio (entre 25 y 80 horas), y las esposas, poco más de la mitad, 27 horas semanales (entre 6 y 60). En suma, los varones trabajaban diariamente unas 4,5 horas promedio más que las mujeres. Había maestras, profesoras, psicólogas, médicas y empleadas administrativas entre las esposas, y agentes de seguros, empleados de banco, abogados, arquitectos, psicólogos, médicos, comerciantes, entre los esposos.

Ambos se habían criado mayoritariamente en hogares de clase media y media alta, con residencia en el Area Metropolitana de Buenos Aires, sólo muy pocos en hogares de clase baja. El cambio intergeneracional es notable, y no sólo en la expansión de la educación, sino también en la

¹⁵ Lo que sigue fue desarrollado en Wainerman, C. (2000) "La división del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos* (43), vol. 15, Nro. 1, enero-abril.

¹⁶ La mayor educación de las entrevistadas de hoy, y la similitud con sus maridos en relación a sus progenitores, sumado a la mayor tasa de actividad económica de ellas relativa a la de sus madres brinda confianza en la relativa validez de la selección de entrevistadas/os, a pesar de que fue intencional y no probabilística. Las diferencias entre las tasas de actividad de las madres y los padres, las ocupaciones en que se insertaban las y los activos, el número de hijos tenidos y conviviendo con los progenitores, todos son consistentes con las cifras que caracterizaban a los sectores sociales medios y altos hace dos o tres décadas, lo que agrega confianza en la validez de la muestra de progenitores indagada.

igualación de las oportunidades para ambos géneros. Las cifras son claras: mientras el 91% de las mujeres que entrevistamos poseía los más altos niveles de educación, sólo un 20% de sus madres lo había logrado, un cambio intergeneracional mucho más dramático que entre los varones. Mientras 80% había llegado a los más altos niveles de educación, sólo poco más de la mitad de sus padres (45%) lo había logrado.

La distribución del trabajo reproductivo

Confrontamos a ambos cónyuges de las 35 parejas **separadamente** con una serie de actividades que se realizan en sus hogares y les pedimos nos dijeran quiénes las hacían. Lo formulamos de la siguiente manera: "¿Diría usted que hace todo, la mayor parte, parte, algo, o nada de cada una de las siguientes actividades?"

En el ámbito de lo doméstico las tareas eran: cocinar, lavar los platos, poner y sacar de la mesa, lavar la ropa, planchar, limpiar la casa, hacer las compras, pagar las cuentas, ocuparse del mantenimiento del auto, hacer pequeñas reparaciones como cambiar cueritos, arreglar enchufes, contratar a un pintor, carpintero o plomero, y arreglar salidas con amigos. En cuanto al cuidado de los niños, preguntamos por: cambiar pañales, dar de comer, bañar, vestir, hacer dormir, hacer que se cepillen los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con las tareas escolares, preparar la fiesta de cumpleaños, hablar con los maestros, asistir a reuniones de padres en la escuela, retarlos, quedarse en casa cuando están enfermos, llevarlos al médico, y comprarles ropas.

Entre las 35 parejas conyugales que entrevistamos, las tareas domésticas están fuertemente segregadas por género, lo que significa que los varones no participan de la "doble jornada". Para decirlo de otro modo, hay tareas, la mayoría en verdad, que "no son tareas de hombres". Son aquéllas en las que entre el 90% y el 100% de los varones no participan nada, o apenas algo. Son parte de la rutina cotidiana o de realización muy frecuente: cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar. A su vez, son escasas las actividades que "no son tareas de mujeres". Cuando se trata de algunas tareas ocasionales -como pequeñas reparaciones domésticas o el mantenimiento del auto, quienes tienen uno-, los hombres hacen todo o la mayor parte, y las mujeres poco o nada.

La situación es diferente en el ámbito del cuidado de los hijos. En primer lugar, son muchas menos las parejas, y en relación a relativamente menos actividades, en las que existe una definida segregación genérica, que aquéllas que comparten la maternidad-paternidad. En segundo lugar,

cuando existe segregación, toma la forma de los padres haciendo nada o sólo algo y las madres haciendo todo, como en lo doméstico.

Cuando se trata de reprender a los chicos, de asistir a reuniones escolares, de llevar a los hijos a ver al médico o, menos frecuentemente, de hacerlos dormir o de vestirlos, entre un medio y tres cuartos de los esposos entrevistados comparten las tareas con las esposas. Pero todo cambia radicalmente cuando se trata de bañarlos, cambiarles los pañales, o ayudarlos con los deberes escolares. En estos casos escasamente un tercio de los padres comparten con las madres. Los otros dos tercios no participan nada o apenas algo, y son las madres las que hacen todo o la mayor parte de estas tareas diarias. El cambio de pañales es paradigmático. Figura entre las tareas de la crianza más rechazadas. Los hombres pueden llegar a decir "mi religión no me lo permite", y las mujeres relatar que ellos no sólo no cambian pañales sino que ni los tocan porque les da asco.

Vale la pena recordar que lo descrito es la situación de las actividades domésticas y de crianza de parejas conyugales en las que no sólo el esposo-padre, sino también la esposa-madre está en la fuerza de trabajo. Ciertamente es que mientras la mayoría de ellos trabaja a tiempo completo y más, escasamente un tercio de ellas lo hace. La mitad trabaja a medio tiempo y un quinto sólo unas pocas horas a la semana. En todas las familias hay uno o dos, y hasta tres niños pequeños, y sólo menos de la mitad tiene servicio doméstico, un cuarto sólo una, o excepcionalmente dos veces a la semana, por sólo tres a cinco horas diarias.

En suma, como se encontró en otros contextos, en estas familias de dobles proveedores, de sectores medios, la conducta de los varones está menos marcada por el género cuando actúan como padres que cuando lo hacen como esposos. Los varones participan más con los hijos que con el hogar. El ámbito del trabajo doméstico es definido como femenino mientras el de la crianza de los hijos, como una empresa compartida.

Vale la pena notar que la disponibilidad de tiempo de los cónyuges no es independiente del tipo más o menos igualitario de división del trabajo en el hogar. Así, la división igualitaria es más frecuente en los hogares en los que ambos cónyuges están en la actividad productiva a tiempo completo que en aquéllos en que las mujeres tienen una inserción de medio tiempo y los varones de tiempo completo. Pero la existencia de esta relación no puede interpretarse lisa y llanamente como evidencia en favor de que es la disponibilidad de tiempo la que favorece una división del trabajo más igualitaria, la relación podría ser al revés, una en que la división del trabajo entre los cónyuges

permita una inserción laboral más igualitaria de ambos cónyuges. Es posible que la relación no responda a una u otra dirección sino que sea simétrica, es decir, de mutua determinación.

De los hogares de ayer a los de hoy

Nos aproximamos a indagar los cambios intergeneracionales en la división del trabajo en el hogar pidiendo a nuestros entrevistados/as que recordaran cómo era la situación en sus hogares de origen cuando ellos tenían alrededor de 10 u 11 años. Tomando en cuenta las dificultades de recordar lo ocurrido 30 años antes, más el hecho de que hay actividades menos públicas (visibles) que otras, para el pasado inquirimos por sólo 18 de las 25 actividades por las que inquirimos para el presente: 9 domésticas y 9 del cuidado de los hijos.

Son los varones los que han hecho un gran cambio, y mucho más en su rol de padres que de esposos. En las 9 tareas domésticas por las que preguntamos en el pasado y en la actualidad, la participación de los varones se incrementó en 34%; mientras en las 9 tareas de cuidado de los hijos, se incrementó casi al doble, 63%. La participación de las mujeres se mantuvo casi sin cambio. El panorama es más dramático si se consideran, en el ámbito doméstico, cuánto cambiaron las pautas de división del trabajo alrededor de cinco actividades "típicamente femeninas" y cotidianas como son: cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa y planchar. Según nuestros/as entrevistados/as, sólo 7% de sus progenitores contribuían a la realización de esas tareas, en tanto lo hacen tres veces más (23%) de los esposos de hoy. Más notable es aún el aumento de participación de los varones en dos de las tareas más cotidianas: bañar y vestir a los hijos. En este caso, prácticamente ninguno (5,6%) de los padres de hoy recuerda al suyo bañándolos o vistiéndolos, en tanto la mayoría (64,3%) de ellos declara hacerlo con sus propios hijos. El incremento es sideral. Tampoco en esta esfera de actividad la participación femenina ha variado.

Hay que advertir que la mayor participación masculina en actividades domésticas en muchos casos sólo significa hacer "algo" de actividades en las que antes los hombres no hacían "nada". Pero hay otras, aunque aún escasas, en las que compartir tareas por partes iguales se ha hecho más frecuente. Tal, el caso de pagar las cuentas o de hacer las compras. Es respecto de la paternidad que el cambio cultural ha sido grande. Lo que entonces era casi exclusivamente "maternidad" hoy a venido a incorporarse también a la "paternidad".

Las mujeres no sólo no han disminuido casi nada su altísima participación en la domesticidad y en la maternidad, sino que más mujeres han invadido, además, actividades que antes eran dominio casi exclusivo de los varones (cambiar cueritos, arreglar enchufes, etc.). En suma, a la doble jornada laboral, fuera del hogar, que las mujeres han adicionado a sus "tareas específicas" de siempre, han agregado, además, dentro del hogar otras tareas que ahora comparten con sus cónyuges.

Estas mujeres difieren sustancialmente de sus madres. Mientras que la totalidad de las mujeres de hoy integran la fuerza de trabajo, menos de la mitad de sus madres (41%) lo hacían, lo que para los 70 era una elevada tasa de actividad. Casi dos tercios de estas mujeres (mayoritariamente de sectores medios, de 35 a 45 años de edad, con educación secundaria), eran amas de casa a tiempo completo cuando sus hijos tenían alrededor de 10 u 11 años. Y algo más de un tercio de ellas tenía empleada domésticas sin retiro.

A MODO DE CONCLUSION

Desde comienzos de los 80, en consonancia con la instalación de la profunda crisis económica que padecemos hoy, la fuerza de trabajo sufrió una fuerte transformación en su composición por género que llevó a la disminución de la familia tradicional de un único proveedor (varón) y a un aumento de la familia de dos proveedores en la que ambos miembros de la pareja conyugal comparten las responsabilidades económicas.

En el Area Metropolitana de Buenos Aires, más temprano o más tarde, el proceso caracterizó a las familias nucleares con hijos de los diversos niveles socioeconómicos, en diversas etapas del ciclo familiar, edad y educación de las madres, y edad de los hijos menores residentes en el hogar. En este período ha crecido el número de mujeres que ejercen la jefatura económica del hogar, reemplazando al papel que tradicionalmente ocupaban los varones.

El fenómeno tienen significados diferentes según sea la situación socioeconómica de las familias. Entre las que gozan de una situación más privilegiada, en las que las esposas-madres han alcanzado los más elevados niveles de educación, la inserción en la fuerza de trabajo seguramente responde a valores modernos, que privilegian la realización personal y la igualdad de oportunidades laborales y sociales con sus cónyuges varones. Entre las que, en el otro extremo, sufren situaciones

de carencias extremas, la salida a trabajar responde más que a una elección, a la necesidad de frenar la caída cuesta abajo agravada por la desocupación de sus cónyuges.

Una exploración preliminar de un corto número de familias de dobles proveedores de los sectores medios altos, que se suponen a la cabeza del cambio de valores, ha mostrado que la fuerte transformación en las estrategias de provisión económica reseñada no ha sido acompañada hasta el momento por una transformación equivalente en el interior de los hogares. Las mujeres, que han asumido el rol de productoras económicas, no han abandonado el de reproductoras domésticas; los varones, que mantienen su rol de productores económicos, no han asumido el de reproductores domésticos, aunque sí parecen estar en vías de incorporar una paternidad más activa de lo que hacían sus progenitores varones.

Estos hallazgos reproducen los que se han encontrado en otras sociedades con mayores niveles de desarrollo, que iniciaron la transformación con anterioridad. Como en aquéllas otras, la pregunta que queda planteada es: ¿en qué medida enfrentamos una "revolución estancada" (a la Hochschild), en la que las mujeres, pero no los varones han hecho grandes cambios en la relación familia-trabajo, o en qué medida enfrentamos la emergencia de "nuevas familias" (a la Goldscheider y Waite), en las que las transformaciones de los roles afuera sean acompañados por otras adentro de los hogares?

BIBLIOGRAFÍA

Benería, L. y M. Roldán. *The crossroads of class and gender. Industrial homework, subcontracting and household dynamics in Mexico City*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.

Beccaría, L. Y N. López. "Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano" en Beccaría, L. Y N. López. *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1996.

Bernard, J. "The good-provider role. Its rise and fall", *American Psychologist*, Vol. 36, No. 1, 1981.

Berger, S. *Mujeres en sus puestos*, Buenos Aires, FLACSO, 1995.

Canitrot, A. "Presentación general" en Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: *El libro blanco del empleo en la Argentina*, Buenos Aires, MTSS, 1995.

Connell, R.W. *Masculinities*, St Leonard Australia, Allen and Unwin, 1995.

De Barbieri, T. *Mujeres y vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica e Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1984.

Demografía y Economía. vol. XI, núm. 2 (46), número especial sobre estrategias de supervivencia, México, El Colegio de México, 1981.

Dunn, D. *Workplace/Women's place*, California, Roxbury Publishing Co., 1997.

Durán, M.A. *De puertas adentro*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1988.

Fustenberg, F. "Good Dads-Bad Dads: Two faces of Fatherhood", en Skolnick. *Family in transition*, New York, Hasper Collins Publishers, 1992.

García, B.; H., Muñoz y O., de Oliveira. "Hogares y trabajadores en la ciudad de México", México, El Colegio de México e Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1982.

García, B. y O. de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México: El Colegio de México, 1994.

Geldstein, R. N., "Las nuevas familias en los sectores populares", en C.H. Wainerman (comp.) *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1994.

Gerson, K. *No man's land. Men's changing commitments to family and work*, New York, Hasper Collins Publishers, 1993.

Goldscheider, F.K. y L., Waite. *New Families, No Families*, Berkeley, Los Angeles, Oxford University of California Press, 1991.

Hass, L. "Nurturing fathers and working mothers. Changing gender roles in Sweden", *Men, Work and the Family*, Newbury Park, London, New Delhi, Sage Publications, 1993.

Hochschild, A. R. *The Second Shift*, New York, Avon Books, 1989.

Hood, J. "The provider roles: Its meaning and measurement", *Journal of Marriage and the Family*, 48, 1986.

Jelin, E. y M.del C. Feijóo. "Pasiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres", en Wainerman, C.; E. Jelin y M. del C. Feijóo, *Del deber ser y el hacer de las Mujeres*, México, El Colegio de México - PISPAL, 1983.

Kaufman, M. "Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias de poder entre los hombres" en Arango, A. ;L., Leon y M., Viveros (comps.) *Género e Identidad. Ensayos sobre lo masculino y lo femenino*, Bogotá, TM Editores, 1995.

Kimmel, M. *Manhood in America. A cultural history*, New York, The Free Press, 1996.

Kritz, E: "Para terminar con el desempleo" en *La Nación*, suplemento *Económico*, 25/7/99.

LaRossa, R. "Fatherhood and Social Change" en Kimmel, M. y M., Messner. *Men's Lives*, New York, Michigan Publishing Company, 1989.

Marsiglio, W. (ed.). *Fatherhood. Contemporary Theory, Research and Social Policy*, California, Sage Publications, 1995.

Monza, A. "Situación actual y perspectivas del mercado de trabajo en la Argentina" en Ministerio de Trabajo y Seguridad social, op. cit.

Monza, A. "La experiencia indica que la flexibilización no crea empleo", en *La Nación*, suplemento *Enfoques*, 22/8/99.

Morris, L. *The workings of the household*, Cambridge, UK, Polity Press, 1990.

Oliveira, O. "Familia y relaciones de género en México", en Schmukler, B. (coord.). *Familias y relaciones de género en transformación*, México, ENDAMEX y Population Council, 1998.

Pleck, J.H. "American fathering in historical perspective", en S.Kimmel (comp.) *Changing Men: New Directions of Research on Men and Masculinity*, Newbury Park, CA Sage, 1987.

Presser, H. "Are the Interest of Women Inherently at Odds with the Interest of Children and the Family? A viewpoint" en Oppenheim Mason, K. Y A.M. Jesen. *Gender and family Change in Industrialized Countries*, New York, Oxford University Press, 1995.

Ramos Torres, R. *Cronos divididos. Uso del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1990.

Rapoport, R. y R. N. *Dual-career Families Re-examined*, New York, Harper Colophon Books, 1976.

Rapoport, R. y R.N.(comp.) *Working Couples*, New York, Harper & Row, 1978.

Sautu, R. "Reestructuración y empleo en Buenos Aires", *Estudios del Trabajo*, Nro. 14, 1997.

Sautú, R.: "Marketización y feminización del mercado de trabajo: perspectivas macro y microsociales", ponencia presentada al XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, Chicago, sept. 1998.

Schiavoni, L. *Vida cotidiana y trabajo: Estudio de familias de sectores pobres en Posadas*, Informe Final (beca de perfeccionamiento), UNAM, 1998.

Schmukler, B. y G. Di Marco. *Madres y democratización en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1997.

Szinovacz, M. "Changing family roles and interactions", *Marriage and Family Review*, Vol. 7, 1984.

Wainerman, C. "Educación, familia y participación económica femenina en la Argentina", *Desarrollo Económico*, Vol. 18, Nro. 72, 1979.

Wainerman, C. "Men, family formation and reproduction" ponencia presentada en la International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP), Buenos Aires, 1998.

Wainerman, C. "La división del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos* (43), vol. 15, Nro. 1, enero-abril 2000.

Warshovsky Lapidus, G. "The interaction of women's roles in the URSS", *Women and Work*, Vol. 3, 1988.

Zhang, Ch. y Falrey. "Gender and the distribution of household work: A comparison of self-reports by female college faculty in the United States and China", *Journal of Comparative Studies*, Vol. XXVI, No. 2, 1995.

ANEXO: NOTAS METODOLÓGICAS.

Para la parte cuantitativa hemos trabajado con las Encuestas Permanentes de Hogares relevadas por el Instituto de Estadística y Censos (INDEC), específicamente con las ondas del área metropolitana de Buenos Aires correspondientes a octubre de 1980, 1985, 1991, 1993, 1995 y 1997. Nos concentramos en hogares nucleares completos con hijos exclusivamente, es decir en aquellos en los cuales conviven sólo el núcleo conyugal e hijos, con excepción del servicio doméstico que no fue considerado como miembro del hogar.

Definimos como familias de único proveedor varón (Cuadros 5 al 11) a las formadas por varón activo (ocupado o desocupado) y mujer inactiva, y de dobles proveedores a aquellas en las que ambos cónyuges estaban en el mercado de trabajo (como ocupados o como desocupados).

En los cuadros 9 y 11, el 100% corresponde a cada grupo socioeconómico (cuadro 9) o a cada nivel de educación (cuadro 11). En estos casos, el total de cada subgrupo en términos absolutos y porcentuales corresponde al total de hogares completos con hijos exclusivamente de un único proveedor varón y de dos proveedores.